

¿Qué ha cambiado en México desde el 11 S?

Alfredo Acle Tomasini©

En muy pocos años los mexicanos hemos atestiguado una transformación drástica de nuestra realidad política y social. Empezamos el milenio con un marcado optimismo, satisfechos porque los avances en materia electoral que se dieron en los dos últimos decenios del siglo anterior, permitieron que se llevara a cabo de manera ordenada un cambio de partido en el poder. Alcanzar este hito no fue producto de dádivas de los gobiernos de ese entonces, sino el resultado de la presión popular, de una opinión pública crítica y del esfuerzo de muchas personas, algunas de las cuales lo pagaron con su vida

Este paso decisivo nos quitó ante el mundo el estigma de ser una democracia fingida. A su vez, nos dio la confianza de que éramos capaces de sacudirnos inercias que otrora lucían tan inamovibles como nuestra geografía. Fortalecimos nuestra autoestima, lo que se expresó en el reconocimiento popular de un órgano autónomo de naturaleza pública como el IFE y que en ese entonces lo veíamos como una institución de ciudadanos, que no de partidos.

Parecía en ese momento que estábamos en el inicio de una ruta ascendente y que el haber alcanzado ese peldaño nos colocaba en el umbral de mayores avances en los ámbitos económico y social, que deberían ocurrir en paralelo a la maduración de nuestra democracia, y que eliminarían los vicios y lastres que se prohicieron al amparo del viejo sistema, en cuya cúspide estaba el presidente de la República como el ojo divino que vigilaba todo y a todos.

Es innegable que nos equivocamos al imaginar ese porvenir y más aún al suponer que los cambios sobrevendrían con facilidad y en lapsos breves. Pasamos por alto que la transformación del país requiere desmantelar y construir al mismo tiempo. Hicimos lo primero, obviaos lo segundo. Asumimos que para cambiar bastaba con dejar que se desmoronara el presidencialismo y su alma gemela, la centralización en el manejo de los asuntos públicos.

No advertimos que el sistema presidencialista ocultó defectos y fisuras en la estructura del estado, que no se manifestaban porque el poder vertical lo impedía. A quién le importaban las policías municipales, si el presidente municipal se sojuzgaba al gobernador y éste al presidente; a quién le interesaba la existencia de treinta dos tribunales judiciales con un nivel técnico variopinto, si éstos respondían, y en algunos casos lo siguen haciendo, a los designios de los gobernadores

Rota la jerarquía vertical, el crimen organizado ha aprovechado esas fisuras, por lo que el Estado no puede combatirlo con eficacia porque su estructura y su funcionamiento no le permiten actuar con eficiencia y menos aún hacerlo como un todo. Por el contrario, la descoordinación y la porosidad de los órganos encargados de la seguridad, la procuración y la impartición de justicia han facilitado que sean penetrados por los criminales, quienes los utilizan para delinquir y protegerse en detrimento de la seguridad del ciudadano que, irónicamente, paga su remuneración cuando se disfrazan de servidores públicos.

Empapados de optimismo, cometimos el error de asumir que la cultura política evolucionaría con rapidez como un ingrediente fundamental para el desarrollo de nuestra democracia. Pero, muchos de

los vicios del sistema presidencialista subsisten, en especial en algunos poderes ejecutivos estatales donde sin importar el color del partido, son una versión a escala del viejo priismo; legislaturas que no pasan de ser cajas de resonancia de sus poderes ejecutivos.

Mientras que en el orden Federal al ocaso del presidencialismo siguió el advenimiento de la partidocracia, entendida ésta como el predominio de los intereses particulares de las cúpulas partidistas sobre los del ciudadano en la definición, conducción y desahogo de la agenda pública, lo cual ha terminado por distanciar a la sociedad de los partidos colocándolos en los sitios más bajos de su estima.

Por último, el arribo de un nuevo partido a la presidencia de la República provocó que la estructura de la Administración Pública Federal dejara de funcionar como el mecanismo – aunque imperfecto - para formar y renovar a los mandos medios y superiores. Así, hemos visto como en estos niveles se ha designado a personas con escasa o nula experiencia en la gestión pública a nivel Federal, lo que ha favorecido la improvisación, los errores y el bajo desempeño. Peor aún cuando agregamos la rotación excesiva que obliga a un proceso de alto y arranque en las tareas de gobierno.

En diez años nuestro optimismo ha menguado, hoy lo somos mucho menos. Este contraste nos provee una lección importante: los cambios no ocurren por generación espontánea, ni los estorbos se eliminan por el sólo hecho de ignorarlos. Avanzar implica destruir lo que nos detiene y construir lo que nos hará mejores.

Twiteer @AcleTomasini